

LA GOLETA «BELLA MARÍA DE LA CUEVA SANTA»: CONSTRUCCIÓN, RUMBOS Y NAUFRAGIO DE UN BUQUE CUEVANO A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

ENRIQUE FERNÁNDEZ BOLEA
Licenciado en Filología Románica



1. Panorámica de Sierra Almagrera, donde se produjo uno de los descubrimientos mineros más espectaculares de la historia que cambió los destinos de muchos. (Foto de Carlos Herguido)

1. UN HALLAZGO PARA LA HISTORIA: LA PLATA DEL JAROSO

Como suele ocurrir cuando se relatan hechos excepcionales, las primeras narraciones que aludían al descubrimiento argentífero de Almagrera se impregnaron de un brumoso halo de misterio e incertidumbre, describiendo un marco de ambientación legendaria por el que deambulaban, a veces, personajes imprecisos. Al igual que los acontecimientos históricos recogidos por la poesía épica, los hechos que tuvieron lugar en torno a los días finales de 1838 en el paraje del Barranco Jaroso muy pronto sucumbieron a la deformación que les infligió una temprana y veloz transmisión oral, y otras causas mucho más intencionadas. Por tanto, lo acaecido y sus protagonistas quedaron atrapados desde un primer momento en el movetizado territorio de lo mítico, donde la combinación de leyenda y realidad no ayudará demasiado a quien pretenda discernir entre invención y verdad. Uno de esos actores de la historia, presente en todos y cada uno de los relatos sobre el hallazgo de la plata en Almagrera, fue Miguel Soler Molina, de quien acumulamos ya abundantes datos vitales que nos apartan de aquella parquedad que acompañó a esta figura en sus primeras referencias biográficas.

El que siempre ha sido considerado principal artífice del afamado descubrimiento y, por ende, primer responsable de la transformación económica y social que viviría Cuevas y su entorno comarcal en los años sucesivos, vio por primera vez la luz en la entonces villa el 18 de noviembre de 1770. Y vino al mundo en el seno de una familia de hacendados que ya integraba una oligarquía de pequeños propietarios que, desde principios del siglo XVIII no habían hecho más que incrementar la propiedad al mismo tiempo que los señores territoriales, en respuesta al crecimiento demográfico de estas posesiones, ampliaban notablemente los regadíos de la vega cuevana tras asumir ciertas inversiones en alumbramientos y canalizaciones, lo que trajo aparejado un incremento de la riqueza rústica que pronto se concentraría en manos de unos pocos privilegiados. Los Soler Blázquez, y entre ellos Manuel José, el padre de nuestro protagonista, ya destacaban entre los que habían conseguido atesorar una importante hacienda; así lo atestigua el *Catastro* mandado realizar por el Marqués de Ensenada, documento que recoge pormenorizadamente las numerosas propiedades de Ginesa, Ana Ventura, Diego Nicolás, Alfonso y, sobre todo, del presbítero Francisco José Soler Blázquez¹, predicador

¹ «Catastro del Marqués de la Ensenada de la villa de Las Cuevas». Laicos, lib. 1.225, fols. 384, 421, 515 y 516; y Eclesiásticos, lib. 1.249, fol. 55, Archivo Municipal de Cuevas del Almanzora (AMCA en nuevas citas).



2. Miguel Soler Molina, al que las distintas versiones sobre el descubrimiento de la plata de Almagrera le atribuyen un papel determinante. (Óleo copiado de un original de Andrea Giuliani probablemente por el mismo artista. Legado de la Familia Bernabé Soler / Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora / Foto de José Guerrero)

general de la Provincia Franciscana de Cartagena. A través del preamillaramiento acometido por el concejo de Cuevas en 1818 sabemos que nuestro Soler Molina conservó, al menos en parte, la riqueza que había heredado de sus progenitores, ya que entre los contribuyentes que poseían un patrimonio superior a los 25.000 reales ocupaba un puesto intermedio con una valoración de sus bienes rústicos que alcanzaba los 62.250 reales², una cifra nada despreciable para la época.

Pues bien, este hacendado demostró, según todos los testimonios, un afán desmedido por inspeccionar las sierras de su entorno en busca de minerales. Y esta afición debió ser muy temprana porque el mismo Simón de Rojas Clemente, cuando en la primavera de 1805 visita Cuevas como una etapa más en su periplo por el antiguo Reino de Granada, se hará acompañar por un tal Miguel Soler, cuya identidad correspondería

² SÁNCHEZ PICÓN, Andrés: *La integración de la economía almeriense en el mercado mundial (1778-1936). Cambios económicos y negocios de exportación*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 1992, p. 191.

indudablemente a nuestro personaje y a quien se debería la precisa información sobre los yacimientos minerales repartidos por la localidad que el ilustrado botánico incluye en sus apuntes³. Por él sabemos de la extracción de alcohol —como entonces llamaban al plomo— en el Cerro Bajo, para lo que algunas personas de Cuevas habían creado una compañía que, además de mantener el laboreo en aquel lugar, se dedicaba a buscar el mineral por toda la Sierra de Montroy. A pesar de la novedad de la noticia, ya no extrañará que, teniendo como base la denuncia de la explotación nombrada más arriba, Miguel Soler Molina y Jacinto Flores Soler firmaran el 14 de enero de 1811 ante Dionisio Lozano Cordero, administrador de las Rentas Reales de Vera, una contrata por la que la Real Hacienda, que por entonces ejercía el monopolio sobre cualquier explotación minera dentro del reino de España, autorizaba la extracción de alcohol del mencionado sitio⁴. La licencia definitiva fue recibida el 9 de mayo de ese mismo año. La compañía⁵, de la que también formaban parte Manuel Soler Molina, Ginés Casanova Mula y Pedro Martínez Soler, pudo iniciar con prontitud el laboreo, pues en plena Guerra de la Independencia el control por parte del francés de los yacimientos plomíferos de la Sierra de Gádor había mermado el abastecimiento de municiones del ejército español acantonado en Lorca y de la base de la Armada en Cartagena, considerándose de este modo urgente y estratégica esta explotación por hallarse en territorio ajeno a la administración francesa y por su cercanía a los lugares que se pretendían aprovisionar. En definitiva, la posible explotación de una mina de galena fue protagonizada por Soler y sus consortes nada menos que casi tres décadas antes del mítico descubrimiento del Jaroso, lo que vendría a desmentir esa creencia de que la afición de nuestro hacendado a buscar minerales por las sierras cercanas a la villa —defendida por la mayoría de los que han afrontado los orígenes de la minería en Almagrera— no habría dado resultado hasta 1838.

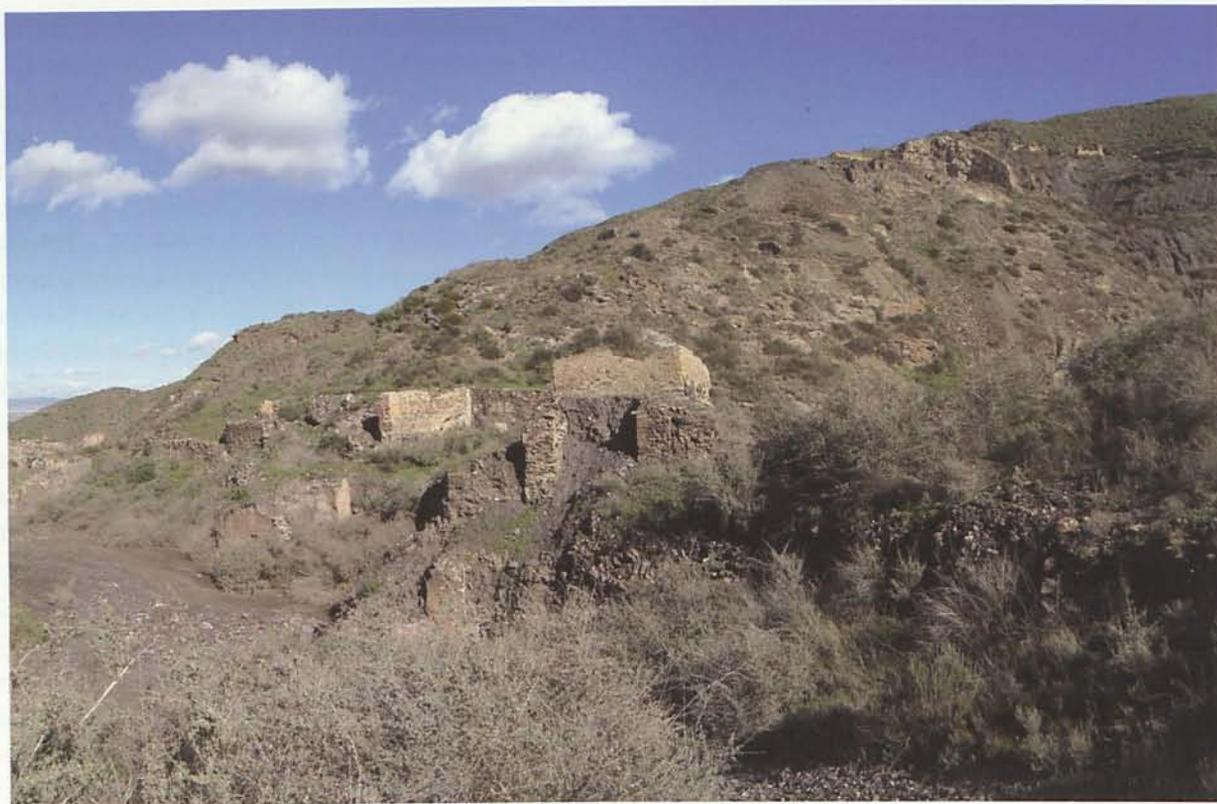
Mucho antes de esta fecha sitúa Alejandro Oliván⁶, que se acercó por la sierra en busca de testimonios

³ ROJAS CLEMENTE RUBIO, Simón de: *Viaje a Andalucía. Historia natural del Reino de Granada (1804-1809)*, edición, transcripción, estudios e índices de Antonio GIL ALBARRACÍN, Almería-Barcelona, G.B.G. Editora, 2002, pp. 523-525.

⁴ «Testimonio», de 15 de marzo de 1815, en *Actas Capitulares*, AMCA, lib. 83.

⁵ «Testimonio», 14 de mayo de 1811, Archivo Histórico Provincial de Almería (AHPA en nuevas citas), P. 2.340.

⁶ Fue senador, ministro de Marina y consejero real durante la década de 1830. Ocupó la presidencia del Consejo de Administración de la *Compañía General de Minas de España*. También desempeñó



3. Restos de las instalaciones de la mina Virgen del Carmen, en el centro del Barranco Jaroso, paraje histórico por donde deambularon unos protagonistas difuminados por la brumas del pasado. (Foto de Carlos Herguido)

hacia 1843, a un individuo de Vera llamado Pedro de Rosas, apodado *Valentín* y cordelero de profesión, que en una de sus incursiones por aquellos barrancos recolectando esparto y albardín descubrió por casualidad «algunos pedazos ferruginosos, regularmente con alguna pinta plomiza». El hallazgo se produjo por los años centrales de la década de 1820 en el Jaroso, justo en el linde que años después compartirían las futuras demarcaciones de las minas Carmen y Observación. Aunque en un principio ignoraba la verdadera naturaleza de aquellas piedras, sospechó que podían contener alguna riqueza y se empeñó en beneficiarlas. El tal *Valentín* resultó ser hombre de inquebrantable tesón y constancia desmedida, pero tan desgraciado como huérfano de fortuna: «En cuanto reunía algún dinero

la dirección de la *Gaceta* de Madrid y escribió un *Manual de Agricultura*. La historia lo recuerda como uno de los pioneros madrileños en el arte y la práctica del daguerrotipo, tanto es así que en los primeros meses de 1840, junto a otros miembros del Liceo madrileño, como el marqués del Valmar y el duque de Veragua, realizará pruebas daguerrotípicas de algunos rincones emblemáticos de Madrid como la Puerta de Alcalá, la fuente de Neptuno o el Museo de Pinturas; se trata del tercer intento para captar imágenes fotográficas —no se han conservado— en Madrid en los albores de un invento que acababa de celebrar su primer cumpleaños. Véase LÓPEZ MONDÉJAR, Publio: *Las fuentes de la memoria. Fotografía y sociedad en la España del siglo XIX*, Barcelona, Lunwerg, 1989, p. 16.

lo empleaba en pan y tortas de maíz, y se iba con sus hijos al Jaroso, donde pasaba todo el tiempo que podía y hasta que se le habían acabado las provisiones. Los hijos lo seguían con suma repugnancia a un trabajo que juzgaban infructuoso, y a un paraje donde sufrían hambre y estaban constantemente amenazados por los lobos. Pero *Valentín* no se descorazonaba: lleno de celo y de fe en su descubrimiento, recorría los pueblos con 3 ó 4 arrobas de mineral en las alforjas o mochilas; lo ofrecía en venta, y como nadie se lo pagaba, lo regalaba para aficionar a las gentes y atraerlas. Exhortaba a sus hijos a trabajar, asegurándoles que allí había plata y oro, y que si no desistían llegaría el día que anduviesen en coche. ¡Rara preocupación, singular presentimiento, inspirada confianza, que más tarde acreditó y sacó verdadera la experiencia, aunque no para el pobre *Valentín* y para los suyos! Más de una vez se presentó a las puertas de las fundiciones de plomo, y siempre fue desatendido y menospreciado. Predicaba a los pueblos, y en especial al de Vera, y el pueblo se le reía. Alguno que otro individuo le seguía el humor, y aparentaba formar compañía con él para beneficiar la mina, como burlándose de un maniático. Finalmente los muchachos le silbaban y apedrea-

ban, y al cabo de 12 años de esta afanosa tarea murió el buen Valentín, aunque sin cesar hasta los últimos momentos de recomendar a sus hijos y a sus vecinos el mineral del Jaroso»⁷.

Pues bien, al año de publicarse la historia de Oliván verá la luz en la *Revue Britannique* un amplio artículo sobre los orígenes de la minería en Almagrera donde Valentín desempeñará de nuevo un decisivo papel en el desarrollo de los hechos, aunque para nuestra sorpresa el desenlace se aleje del que se nos había ofrecido con anterioridad. Vuelve a detenerse el anónimo autor del artículo en los escarceos de Valentín por aquellos barrancos recónditos y aislados, en su encuentro con unas piedras que, esparcidas a flor de tierra, llamaron su atención y en su empeño por desvelar el verdadero valor de aquel mineral, por lo que se dirigió a un fundidor de Granada quien, tras los ensayos pertinentes, determinó que se trataba de plomo argentífero, resultado que fue confirmado con posterioridad por otra fundición de Córdoba. Cuando lo supo, se sintió afortunado, pero para entonces un inconveniente oscurecía ya su prometedor destino: los meses que había transcurrido en la sierra y las operaciones promovidas para comprobar el valor del mineral habían agotado sus parcos ahorros. Es en ese preciso instante cuando, ante su falta de solvencia, decide confesar su secreto a «un honesto burgués, de apellido Soler, que podía disponer de un pequeño capital, y en el que podía confiar»⁸. Probablemente esta confianza pudo tener su fundamento en el conocimiento que Valentín poseía de la afición del cuevano a la minería e, incluso, podría haber conocido la vinculación de éste al negocio que, como sabemos, había promovido veinte años antes. Sea lo que fuere, nos encontramos a Valentín y Soler de la mano, afrontando una actividad de exploración minera en el Jaroso, unos cuantos años antes del afamado descubrimiento: «Se dirigieron juntos al lugar señalado por Valentín, y Soler, después de haber visitado el lugar con cautela, quedó satisfecho de su examen, y se comprometió a adelantar los fondos necesarios para practicar algunos pozos de exploración. No poseían ninguno de los dos la menor noción de mineralogía ni de laboreo de minas, pero evitaron por encima de todo desvelar su secreto, no quisieron pedir ayuda a nadie. Favorecidos por el aislamiento del lugar, continuaron trabajando solos durante cuatro años, probando

en un lugar; después en otro, sin encontrar una veta de mineral que les resarciese de sus esfuerzos: al final, su bolsa estaba vacía»⁹. Continúa desvelando el relato que Valentín, «consumido por la fatiga y la decepción», murió dejando a Soler como único depositario de su secreto. Consideró entonces el burgués, animado por los buenos resultados que arrojaba la especulación minera en otras partes, que era llegado el momento de tomar una resolución enérgica y afrontar de una vez por todas la explotación del Jaroso, de cuya riqueza estaba completamente convencido. Obligado por la necesidad de reunir recursos económicos para la empresa, decidió desvelar el preciado secreto a «una docena de amigos discretos» a los que les explicó sucintamente sus pretensiones y les enseñó, en apoyo de su argumentación, algunas muestras de mineral.

Sin embargo, la versión más divulgada sobre los orígenes de la minería en Almagrera no es ésta, sino la que sitúa a unos jornaleros llamados Andrés López, el *Perdigón*, y Pedro Bravo en el paraje del barranco Jaroso recolectando piedras de alcohol que después vendían a las alfarerías de los alrededores para el vidriado de las cerámicas. Soler Molina, siempre atento a cualquier aprovechamiento mineral en la zona, decidió poner a su servicio a estos individuos con el preciso encargo de prospectar superficialmente la sierra en busca de piedras brillantes. Según la versión más conocida y aceptada, una cierta abundancia de mineral llevó a Soler y a un tal Julián López, enigmático personaje al que se le atribuyen profusos conocimientos de mineralogía, a plantearse una explotación de mayores proporciones: «A duras penas y en fuerzas de ruego lograron hacer a sus amigos aceptar unas pocas acciones del Carmen, reunieron algunos reales y sostuvieron las labores una temporada: mas al fin, cansados en vista del corto rendimiento, ya se resolvieron al abandono de la mina, cuando una feliz casualidad vino a reanimar los decaídos alientos. Dada la orden de retirada, fue cumplida por los picadores, excepto por *Perdigón*, el cual se quedó solo proponiéndose rematar un barreno que tenía empezado, y darle fuego. Hízolo así, y saltaron hermosos pedazos de galena, agradable a la vista y más rica de lo que nadie se imaginara. Era el gran filón del Jaroso, que se mostraba en metales a unas 48 varas de profundidad»¹⁰. Es decir, según

⁷ OLIVÁN, Alejandro: «Minas y fundiciones de Andalucía», en *Revista de España y del Extranjero*, vol. VI, 1843, pp. 266-267.

⁸ En *Revue Britannique*, 5ª Serie, vol. XXVI, 7.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ OLIVÁN, Alejandro: «Minas y fundiciones de Andalucía», en *Revista de España y del Extranjero*, vol. VI, 1843, pp. 267-268.

el testimonio reflejado por Oliván¹¹, en el hallazgo inicial de la riqueza de Almagrera hubo dos fases o etapas bien diferenciadas: en la primera, repetida hasta la saciedad por todos los que se han ocupado del asunto, nuestro jornalero Andrés López, con su actividad cotidiana, recogería a flor de tierra un mineral que otros –Julián López y Miguel Soler– pensaron susceptible de ser explotado a mayor escala; en la segunda etapa, iniciado tímidamente ese intento de aprovechamiento, otra vez la tenacidad del Perdigón, un decidido acto de coraje, permitirá alumbrar el verdadero filón del Jaroso.

Será a partir del 16 de julio de 1839, fecha en que se formalizó el registro de la mina con la denominación de *Nuestra Señora del Carmen*, cuando Soler intensifique sus dotes de convencimiento con el fin de sumar voluntades a su proyecto de sociedad minera. Necesitaba en aquel instante un aporte urgente de capital para seguir manteniendo las labores de investigación e iniciar las de extracción, decidiendo que lo oportuno sería conformar una sociedad de 30 acciones a un precio de 1.000 reales cada una. Pensó inicialmente en los que compartían su estatus económico y social, los únicos con la suficiente capacidad económica para afrontar un adelanto de cuantía tan importante, pero tuvo que emplearse a conciencia porque a aquellos propietarios de tierras no les eran familiares los negocios mineros y recibían las propuestas de Soler con cierto recelo y mucha desconfianza. Lo cierto es que, transcurrida su campaña de captación, logró reclutar a 41 osados partícipes, entre los que destacaban amigos y parientes, siendo estos últimos los que acapararon mayores intereses en la flamante sociedad, y ello a pesar de que sus familiares más directos siempre le criticaron el que hubiese empleado una parte de sus recursos económicos en lo que consideraban una afición inútil y extravagante. Por consiguiente, aquella mina, junto a Ánimas y San Cayetano, y su sociedad explotadora fueron conocidas desde un primer momento como las de los Soler no sólo porque su promotor ostentase este apellido, sino también -como ya hemos sabido- porque fueron los miembros de esta saga –hijos y sobrinos principalmente– los que acapararon casi un tercio de la participación accionarial de la sociedad. Destacaban las dos acciones de Miguel Soler Molina, otras tantas que poseían su primogénito Manuel José Soler Flores y su sobrino Torcuato Soler Bolea, y la acción de su otro hijo, el presbítero Miguel Soler Flores.

La empresa, después de unos comienzos titubeantes en relación a sus primeras ventas de mineral,

¹¹ Ibidem.



4. El presbítero Torcuato Soler Bolea, sobrino de Soler Molina, uno de los mayores accionistas de 'Carmen y Consortes'. (Óleo de Andrea Giuliani; Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora / Foto de Vicente del Sol)



5. Miguel Soler Flores, presbítero y accionista también de 'Carmen y Consortes'. (Óleo de S. Arroyo / Legado de la Familia Soler Benabé / Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora / Foto de José Guerrero)



6. Manuel José Soler Flores, el primogénito de Soler Molina, fue quizás uno de los personajes más representativos de aquella burguesía que emergía irrefrenablemente en aquel frenesí económico de Almagrera. (Detalle del cuadro de Andrea Giuliani reproducido en la página siguiente. Legado de la Familia Soler Bernabé. Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora. Foto de José Guerrero)

logró el éxito económico, y aquellos 1.000 reales de inversión inicial se convirtieron en tan sólo un año en más de un 1.000.000, protagonizando sus partícipes un vertiginoso viaje hacia la opulencia como jamás lo hubiesen imaginado. A la muerte de Soler Molina el 5 de octubre de 1845 el inventario y tasación de sus bienes y patrimonio¹² alcanzaba el valor de 1.203.182 reales, exorbitante cifra que no incluía la taxación de sus numerosas participaciones mineras, entre ellas la acción y media que aún conservaba de la Virgen del Carmen cuyo valor, según la cotización de entonces, podría estimarse en torno al millón y medio de reales. El valor de su patrimonio sólo en fincas rústicas y urbanas repartidas principalmente por los términos municipales de Cuevas y Lorca se aupaba hasta el casi medio millón de reales, lo que nos confirma la tendencia de estos afortunados a invertir los beneficios mineros en el

¹² «Inventario, cuenta y partición de los bienes que quedaron por fallecimiento de D. Miguel Soler Molina y su esposa D^a. María Teresa Flores Soler entre sus cuatro hijos D. Manuel, D. Miguel, D. Juan y D. Francisco Soler Flores», 1846, Legado de la Familia Soler Bernabé, AMCA, leg. sin clasificar.

incremento de la hacienda y en la adquisición de numerosas residencias. Pero del análisis del documento se desprenden otras inclinaciones inversoras que serán lugar común entre los beneficiarios de la riqueza de Almagrera, y que nos indican esa tendencia a la diversificación de las inversiones en negocios de muy segura rentabilidad: agroindustria harinera, con la compra de molinos; metalurgia, con su participación de una acción y media (de las 16 de que se compone) en la *Sociedad de la Fábrica de Fundición la Carmelita* por un valor de 120.000 reales; o su incursión en otros negocios menos frecuentados por los nuevos capitalistas mineros como una sociedad para la explotación de «una barca de pesquera nombrada la Carmelita» que, en cierto modo, anticipa —como tendremos ahora oportunidad de comprobar— la inclinación de su hijo Manuel José hacia otras inversiones alejadas de tierra firme en las que se prodigaría entre 1842 y 1849.

2. SEMBLANZA DE UN EMPRENDEDOR

Como no podía ser menos debido a su participación accionarial, la implicación de Soler Flores en la marcha de la empresa minera fue decisiva y constante desde sus primeros momentos de andadura. De hecho, cuando Juan Bautista Enríquez, comisionado por la casa de comercio de Manuel Agustín Heredia, ofreciera en los últimos meses de 1839 a *Carmen y Consortes* la posibilidad de adquirir la producción de la mina para proceder a su beneficio en las instalaciones metalúrgicas que poseía en Adra, Manuel José será uno de los integrantes de la comisión¹³ que había exigido el comprador para que se desplazase, junto a su representante, hasta el Jaroso con el fin de llevar a cabo la clasificación del mineral y fijar su precio final. Estamos ante el primer negocio importante de minerales materializado por la sociedad *carmelita* y nuestro protagonista ha asumido la representación de sus intereses y la de los numerosos familiares que la participaban. Al año siguiente, ya constará como apoderado de la empresa¹⁴, cargo de máxima responsabilidad, pues de su gestión iban a depender los contratos de compra sucesivos que tantos y tan sustanciosos beneficios aportarían a sus consocios y a él mismo.

¹³ Junto a él, figurarán los socios Andrés Alarcón de la Barrera, Andrés Alarcón Gómez y Diego Mula Fernández. En BERNABÉ LENTISCO, Antonio M^a: «Recuerdos de antaño. Primera venta de minerales», en *El Minero de Almagrera*, n^o 960, 9 de febrero de 1894.

¹⁴ «Sobre confección de inventario de los bienes de D. Antonio Fernández Fernández por su fallecimiento», 1840, Archivo Municipal de Vera (AMV en nuevas citas), leg. sin clasificar.



7. Andrea Giuliani retrató en 1845 en este óleo a la familia de Manuel José Soler Flores y Encarnación Albarracín Pérez. Junto a los progenitores aparecen sus cinco hijos, destacando la figura, con las manos en el piano, de la única niña llamada María de la Cueva Santa, que dará nombre a la goleta protagonista de este artículo. (Legado de la Familia Soler Bernabé / Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora / Foto de José Guerrero)

Con prontitud entendió que los interesados en *Carmen* podían rentabilizar aún más su ingente producción si, en lugar de controlar sólo los procesos de laboreo, asumían igualmente la fase de beneficio, pues había una notable diferencia entre el precio de mercado del mineral en bruto y el sometido a un primer proceso de fundición. Fue él quien los convenció de la necesidad de construir un establecimiento metalúrgico en el que se beneficiasen los minerales de Virgen del Carmen, Ánimas y San Cayetano, las tres explotaciones de la sociedad¹⁵. También fue él quien se ocupó de agilizar todos los trámites para la materialización del proyecto, de modo que en febrero de 1841 ya había

solicitado del Estado el terreno en el que se levantaría la futura fundición, obteniendo la concesión el primero de abril de ese mismo año. En un tiempo récord se edificó la fábrica, ya que la primera calcinación de minerales se realizó el 21 de agosto de 1842. A pesar de haber iniciado su actividad productiva bajo la exclusiva propiedad y responsabilidad de Manuel Soler, el 2 de enero de 1844 se constituye en sociedad mediante escritura pública otorgada en Cuevas. La *Sociedad de la Fábrica de Fundición la Carmelita* constaba de 16 acciones repartidas en enteras y porciones entre una mayoría de interesados en *Carmen y Consortes*, volviendo los Soler a acaparar el mayor porcentaje de participaciones. Bajo la gerencia y supervisión permanente de nuestro protagonista, la Carmelita pasó por una primera etapa plagada de escollos dada la escasa

¹⁵ «La Fábrica de Fundición la Carmelita. Recuerdo histórico», en *El Minero de Almagrera*, nº 266, 24 de agosto de 1879, pp. 1-2.



8. El hijo menor de Soler Molina, Francisco Soler Flores, participó con media acción en la *Sociedad de la Fábrica de Fundición La Carmelita* promovida por su hermano Manuel José. (Legado de la Familia Bernabé Soler / Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora / Foto de José Guerrero)

experiencia técnica que se poseía sobre estos procesos transformadores y la ausencia de personal especializado, pero con posterioridad la depuración y perfeccionamiento de las labores aplicadas a la calcinación y copelación de los metales situaron a aquella fábrica entre las más importantes de las muchas que fundían a lo largo de la costa sureste peninsular. Los socios de *Carmen*, que mayoritariamente preferían recoger el fruto de los repartos activos de la empresa en especie, desplazaban los minerales de su propiedad hasta la Carmelita, de la que también eran accionistas, para su conversión en galápagos de plomo argentífero con destino a su posterior exportación a Francia e Inglaterra, aprovechándose de este modo de unas inmejorables condiciones tanto en la economía de los procedimientos industriales aplicados como en la comercialización del producto final.

Pero el ejercicio de su cargo de director gerente de esta fábrica no sólo le acarreó quebraderos de cabeza profesionales, también tuvo que soportar graves acusaciones y maliciosas insinuaciones por parte de

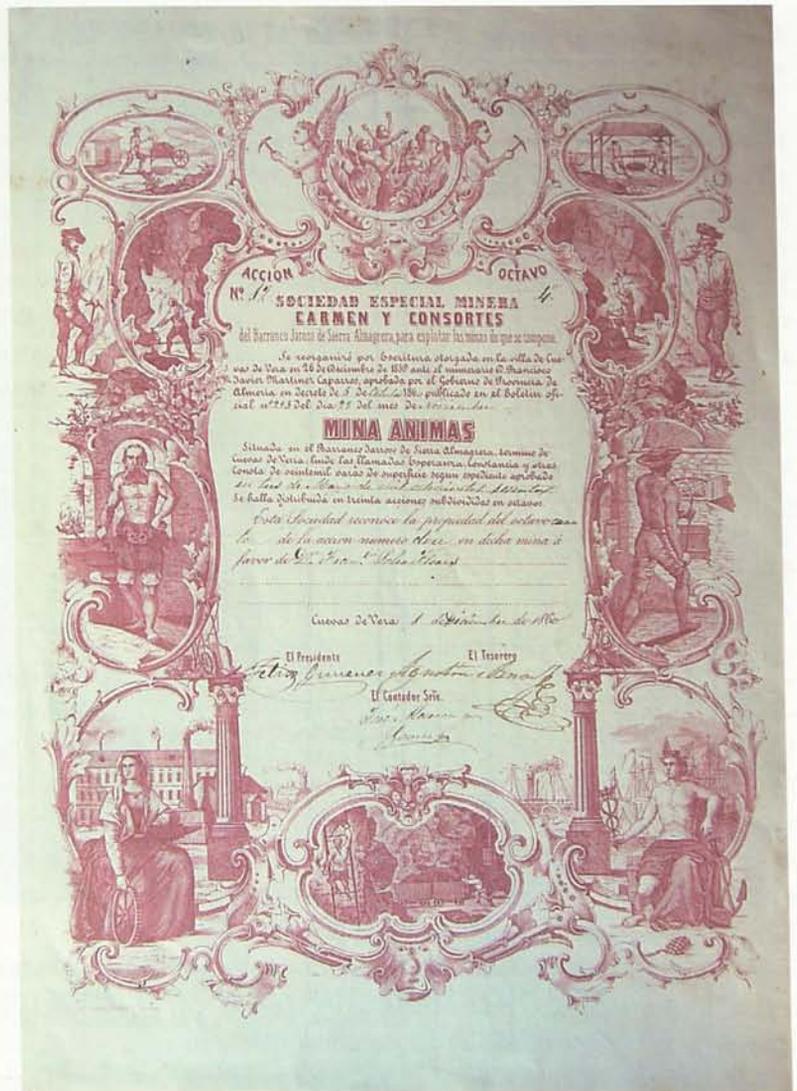
algunos de sus consocios en aquel establecimiento. Se le atribuía haber destinado el dinero que les correspondía por los minerales entregados para su fundición a realizar alguna que otra adquisición particular destinada a su lucro personal. Las habladurías se propagaron velozmente a lo largo de 1845, por lo que Manuel José se vio obligado a difundir una hoja impresa¹⁶ donde trataba de defender su honestidad al tiempo que alejaba cualquier sospecha que pudiese recaer sobre la honrada gestión del negocio. Contra la «injuriosa» opinión de algunos de sus consocios, defendía que se había visto obligado a hacer importantes desembolsos por su cuenta y riesgo, ya que cuando se inició la nueva campaña de fundición de minerales en febrero de 1845 no quedaba ni un solo maravedí en el haber de la empresa al haberse distribuido entre los accionistas todo lo que había generado la campaña de 1844; ni siquiera se había creado el fondo indispensable para atender a los gastos que se derivarían de la provisión de combustible o del pago de los minerales al entrar en la fábrica en la campaña que estaba a punto de comenzar. Y a continuación tratará de justificar ciertos retrasos producidos en el abono de las partidas de mineral: «[...] para el costo de la fuerte existencia de combustibles que hice, y demás gastos en la construcción de la chimenea de condensación, formación de seis hornos de fundición y una máquina de motor animado, se dejase de pagar al contado algunos minerales, cuyo retraso por la falta indicada [inexistencia de un fondo inicial para afrontar estos gastos], dio lugar a que dijese se les debían tantos meses, incluyendo en ellos el mineral que se estaba fundiendo que se hallaba en los hornos de calcinación, y aun el que no había bajado de la mina». Y admitía después que hasta que no paralizó en junio de 1846 la fábrica para hacer balance de cuentas y evaluación de existencias no conoció cifras exactas del estado económico del establecimiento: «[...] resulta un saldo a mi favor de seiscientos quince mil y pico reales, que cubriendo con él el descubierto de los minerales que restan por pagar y están datados, recibirán algunos socios un pequeño déficit de siete mil y más reales por acción, dejando de recibirlo otros por tenerlo percibido en demasía, como se verá en su lugar». Y harto del desprestigio que está padeciendo y con el fin de desterrar cualquier duda sobre su honradez, hará público a través del documento mencionado las cuentas

¹⁶ «Vindicación de honor», Cuevas, Imprenta de D. J. Bautista Campoy, 1846.

con los que él considera sus calumniadores —Francisco Alarcón de la Barrera, Andrés Alarcón Gómez y Diego Abellán Flores—, arrojando éstas cuantiosos saldos a su favor.

A pesar de estos sinsabores, habría que calificar su trayectoria empresarial de muy exitosa, admitiendo igualmente su gran capacidad emprendedora para abordar negocios absolutamente desconocidos en aquella remota y aislada Almería del XIX. Las dos acciones de *Carmen y Consortes* y la una y tres cuartos que poseía en la fundición Carmelita, así como otros intereses de menor importancia en diferentes explotaciones de Almagrera, dieron a Manuel José sustanciosos réditos que supo emplear con inteligencia y, en algún caso por la naturaleza de los negocios en los que se involucró, con altas dosis de valentía. Que a su prematura muerte el 24 de agosto de 1849, con tan sólo 44 años, ya disfrutaba de una enorme fortuna nos lo confirma el inventario de sus bienes realizado en 1851, cuyo valor ascendía a la desmesurada cifra de 2.218.631 reales¹⁷. En el documento se vuelve a adivinar adonde había dirigido el difunto los abundantes beneficios de sus negocios mineros, es decir, cuáles habían sido sus prioridades inversoras. Y no nos sorprenderá, porque representó desde los primeros años de aquel fulgor económico el destino más común del dinero de estos acaudalados, que los bienes raíces, o lo que es lo mismo sus propiedades rústicas y urbanas, alcanzasen una valoración de 910.000 reales, casi la mitad del valor estimado para todo su patrimonio, y que aquéllas se repartiesen principalmente por los mejores pagos de riego de las entonces feraces huertas de Cuevas, Vélez Rubio y Lorca. También destacarán los 871.281 reales que se reflejaban en concepto de créditos, en general avalados por propiedad rústica o urbana de los deudores, con lo que se confirmaba esa tendencia, generalizada desde los primeros momentos de éxito económico entre los ricos mineros, al préstamo de capitales entre individuos repartidos por toda la geografía almeriense e, incluso,

¹⁷ «Inventario, cuenta y partición estrajudicial [sic] de los bienes que por su fallecimiento dejó Dn Manuel José Soler Flores entre su viuda D^a Encarnación Albarracín y sus cinco hijos, Dn Ginés, Dn Manuel, Dn Torcuato, Dn Miguel José y D^a María de la Cueva Santa Soler Albarracín», 10 de septiembre de 1851, Eno. Diego Miguel de Campoy, AHPA, P. 4.024.



9. Animas era una de las minas pertenecientes a *Carmen y Consortes* cuyos minerales se fundían en La Carmelita. (Col. Enrique F. Bolea)

de las provincias limítrofes, siendo los lorquinos clientes habituales en las operaciones crediticias del cuevano.

Sin embargo, lo que atraerá nuestra atención en el momento de analizar los bienes quedados a su muerte será la existencia de un capital de 130.634 reales que el minero tiene empleados en «buques»¹⁸. Es una primera alusión, algo oscura si no avanzamos en la investigación, a un destino poco común —o quizás habría que decir poco conocido— de los capitales provenientes de los negocios mineros y metalúrgicos. Estamos muy probablemente ante la última etapa de unos procesos que Soler Flores consideró imprescindibles y estrechamente interrelacionados para favorecer sus intereses y los de los que quisieran arriesgar en el nuevo negocio. En

¹⁸ *Ibidem*, fol. 134.



10. Imagen que recrea el ambiente portuario de una ciudad europea sin identificar en 1889. Aunque 40 años antes, los puertos en donde atracaban los buques de Manuel José Soler Flores no habrían cambiado demasiado. (Positivo a la albúmina / Col. Enrique F. Bolea)

efecto, controlado el laboreo y el posterior beneficio mediante sociedades integradas, en su mayor parte, por los mismos miembros, ahora, con la primitiva intención de abaratar costes y aumentar beneficios, pretende controlar el transporte tanto de los metales fundidos en la Carmelita, que se desplazaban por mar hasta el puerto francés de Marsella, como la importación desde ese punto y otros del combustible necesario para el funcionamiento de su fábrica de Villaricos. Sabemos, incluso, que, para las primeras calcinaciones de mineral realizadas en el establecimiento se utilizó leña de pino que, procedente de Ibiza, se trasportaba mediante las embarcaciones de Soler y sus consocios¹⁹. Más adelante estas finalidades relacionadas con la comercialización de la producción metalúrgica y el abastecimiento de combustible se

ampliarán, desplazando sus intereses comerciales hacia otros productos de intensa demanda en la España del XIX como el bacalao procedente del Atlántico Norte, especialmente de Terranova.

Ahora, tras el descubrimiento de nueva documentación, sabemos que Manuel José contó con una pequeña flota compuesta por embarcaciones de características y capacidad de carga muy diversas en las que se transportaron, además del mencionado bacalao, cereales como la cebada, el maíz o el trigo candeal, y otras mercancías muy demandadas en la época como el esparto, requerido por el mercado inglés para la fabricación de pasta de papel. Hacia la construcción de estas naves se destinaron importantes sumas de capital provenientes de los beneficios mineros, y hubo momentos en donde el interés demostrado por estos inversores fue tan grande que coincidió durante un mismo período la composición de más de un buque: durante 1842, la flota de Soler Flores vio incrementar sus efectivos en dos nuevas embarcaciones. En fin, laúdes como el Encarnación, el San José o el Dos de Mayo; el bergantín-corbeta

¹⁹ Este dato ya lo había desvelado el ingeniero M. Saglio en sus «Notes métallurgiques: Recueilles dans un voyage en Andalousie, automne de 1848», en *Annales des Mines*, XVI, 1849, p. 202, y ahora es ratificado por la misiva que el patrón Vicente Lloret envía el 24 de enero de 1843 a su principal Manuel José Soler Flores, en correspondencia conservada entre el patrón Vicente Lloret y Manuel José Soler Flores, «Documentación epistolar sobre la goleta Bella María de la Cueva Santa», 1842-1867, Legado de la Familia Soler Bernabé, AMCA, leg. sin clasificar.

Virgen del Carmen; el brik-barca, de gran tonelaje, Los Tres Primos; o la goleta llamada Bella María de la Cueva Santa²⁰, de la que nos ocuparemos por extenso más adelante, constituirán esa particular armada comercial que surcaría el Mediterráneo y el Atlántico a lo largo de la década de 1840 tratando de satisfacer las ambiciones mercantiles de Soler Flores y de los que decidieron acompañarle en esta novedosa aventura. Porque tal y como había ocurrido con *Carmen* y *Consortes* y, después, con *La Carmelita*, nuestro protagonista promovió la mayoría de las veces la creación de una sociedad por acciones que afrontase los costes de construcción del buque y, una vez en servicio, recibiese los beneficios de su actividad mercante, reparto que, como no podía ser de otro modo, se ejecutaba proporcionalmente al porcentaje participado en la sociedad por cada uno de los accionistas. Por lo que sabemos, cuando la embarcación no era de su entera propiedad —como sucedió en algún caso—, Soler se reservaba una participación mayoritaria en estas sociedades, lo que le permitía asumir con una cierta legitimidad y autoridad la gestión comercial de los buques, actuando como interlocutor entre sus asociados y los patrones, decidiendo sobre la naturaleza de los fletes y fijando las rutas que debían cubrir los barcos y sus escalas.

Y en los comienzos de aquella incipiente burguesía minera que buscaba símbolos externos de distinción, adquiriendo con celeridad hábitos de alimentación, vestido y ornato muy alejados de los vigentes unos pocos años antes, los interesados en aquellos transportes marítimos aprovecharán los dilatados recorridos de sus embarcaciones para encargar a sus patrones unos productos que, por exóticos, refinados y exclusivos, era imposible encontrar en una localidad cuya oferta comercial, por su aislamiento y alejamiento de los grandes centros urbanos, no crecía al ritmo que imponían los gustos y exigencias de sus acaudalados habitantes. Telas, joyas, relojes, vinos, delicias gastronómicas e incluso materiales destinados al embellecimiento de sus nuevas mansiones constituían a menudo la carga complementaria de unos barcos que eran esperados con auténtica ansiedad por sus propietarios. Hubo alguna ocasión en que uno de los buques de don Manuel fondeó en la rada de Villaricos con una «mercancía» tan exótica

²⁰ «Libreta de embarque. Año de 1845», en «Documentación epistolar sobre la goleta Bella María de la Cueva Santa», 1842-1867, Legado de la Familia Soler Bernabé, AMCA, Sin clasificar. Todas las embarcaciones son mencionadas por este documento, excepto el brik-barca Los Tres Primos que aparece referido en una necrológica de Manuel José Soler Flores publicada en *El Minero de Almagrera*, nº 1.226, 25 de agosto de 1899, p. 3.

y poco habitual que nadie la esperaba; así aconteció a principios de 1846, cuando de una goleta procedente de Cádiz —es muy probable que fuese la Bella María— desembarcó una persona de raza negra que el patrón de la embarcación «*presentó como un obsequio a su principal*»²¹. Al empleado de Soler Flores se lo regaló en aquella capital andaluza un marino procedente de la zona ecuatorial de África, ya que el individuo era natural de «*Loango, en los márgenes del Lucalá, en la Guinea meridional*», donde se lo había comprado a un familiar y llevaba por nombre «*Maguago Eullás*». La Semana Santa de aquel año 1846 fue particular y memorable porque Manuel José decidió cristianizar a su esclavo negro, a quien le impondría el nombre de «*Manuel José León de la Encarnación, que son los de sus padrinos, sus nuevos amos*», y lo hizo en loor de multitudes: «*Un gentío inmenso llenaba el ámbito espacioso del templo la mañana del sábado santo. Después de las preces, el clero en cuerpo entró en el baptisterio: el joven neófito se presentó en seguida acompañado de sus padrinos, y el respetable párroco —Miguel Soler Flores, hermano de Manuel José— procedió en el acto a la tierna e imponente ceremonia, que, a más de su mérito religioso, ha tenido para estos habitantes el de la novedad*». En la Cuevas de mediados del siglo XIX aquel acto religioso pronto se trasformó, dado el origen de exótico y el color de piel de su protagonista, en un acontecimiento social que perduraría en la memoria colectiva de sus habitantes.

3. LA 'BELLA MARÍA': VICISITUDES DE UNA GOLETA DE VIDA EFÍMERA

Vicente Lloret, uno de los patrones de barco de Soler Flores, llegó a Ibiza el 21 de enero de 1843 con el encargo de contratar con el maestro armador unas nuevas dimensiones para el buque cuya construcción estaba ya muy avanzada. Por más que lo intentó, no logró convencerlo «*de hacer el buque de menos carga —escribía el 24— conforme ustedes me dieron la orden y no ha querido rebajar el precio del primer ajuste*»²². Ante esta negativa, el patrón no tuvo más remedio que seguir adelante con las dimensiones inicialmente contratadas, por lo que suponía que la conclusión del barco tendría lugar antes

²¹ Esto y lo que sigue procede de una noticia publicada en *La Gaceta de Madrid*, 28 de abril de 1846, p. 3, que me proporcionó el profesor Andrés Sánchez Picón.

²² Carta desde Ibiza de Vicente Lloret a Manuel Soler, 24 de enero de 1843, en «Documentación epistolar sobre la goleta Bella María de la Cueva Santa», 1842-1867, Legado de la Familia Soler Bernabé, AMCA, leg. sin clasificar.

Cargo

*De los Caudales que ha recibido el Capitan
D.^{no} Vicente Lloret menor, del P.^{no} D.^{no} Manuel
S. Soler y Floris para la construcción de la Goleta
Bella María de la Cueva Santa*

En 24 de Nov. de 1842 por Alicante	20 000
En 16 de Mayo de 1843 por Aguilas	24 000
Por Ramon en Ibiza	10 000
En 19 Agosto por Valencia año 1843	13 000
En 19 Agosto de 1843 por Ramon	19 436
En 26 Junio de 1843 abono de D. ^{no} José Botella p. ^{no} D. ^{no} Manuel S. Soler	9 874
Por Abranza a favor de Vicente Lleida contra D. ^{no} Manuel S. Soler	300
Por mano de mi D. ^{no} Padre que salyó por D. ^{no} Manuel S. Soler	1 600
Recibidos liquidos de Mahon por el padre remitido de D. ^{no} Manuel S. Soler	5 364
Recibidos en efectos de Marsella por mano de Ramon	39 928
Recibidos en Villajoyosa por mano de D. ^{no} Pablo Martin	40 000
Librados por mi desde Villajoyosa contra D. ^{no} Manuel S. Soler	8 200
Total Cargo Ciento ochenta y siete mil novecientos reales en once años	487 900

Vicente Lloret menor

11. Relación de las cantidades recibidas por el patrón Vicente Lloret en Ibiza para cubrir los gastos ocasionados por la construcción de la goleta 'Bella María de la Cueva Santa'. (Legado de la Familia Soler Bernabé / Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora)

de lo previsto y, según su propia impresión, su tamaño sería muy superior al de la Encarnación, otro de los buques del enriquecido minero. En la misiva le informaba de que tenía compradas algunas piezas de cáñamo para el aparejo, así como alquitrán, pez y estopa para proceder en su momento a la impermeabilización del casco; había encargado igualmente en Villajoyosa (Alicante) la cotonía de la vela mayor y en Mallorca la necesaria para las velas menores. Por otro lado, aludía también a la oportunidad que se le había presentado con el naufragio de un buque francés, pues había decidido comprar «si hubiese proporción que así lo creo, la parte de aparejo que pueda y me sea conveniente, cadenas y anclas para aprovechar la ocasión de la equidad a favor de ustedes y obligación mía»²³. Mostraba una cierta inquietud este patrón por el retraso en la recep-

²³ Ibidem.

ción de las letras que debían proveer fondos para el pago de todos estos materiales y les anunciaba que en el próximo barco de confianza con rumbo a Águilas les mandaría un dibujo sobre el modelo de buque que se estaba construyendo para que lo viesan.

A los seis meses nos enteramos por otra misiva²⁴ de que el navío está casi terminado, a falta sólo de que otras embarcaciones de don Manuel traigan hasta la isla desde Cartagena, Barcelona y Marsella algunos componentes esenciales como la arboladura, el molinete, relingas de velas y las cigüeñas. Sin embargo, lo que más le preocupa es esa tardanza crónica en la recepción de las letras que incide en una acuciante falta de fondos y se siente apurado porque no puede responder ni a los maestros que le reclaman sus salarios ni a los proveedores que le han fiado materiales y componentes. Sobre los 45.000 reales precisaba para cubrir aquellos gastos y los surgidos de los jornales de los marineros empleados en la formación del aparejo y de los trabajadores que se ocupaban de «dar alquitrán y demás pinturas». Pero, a pesar de estos desvelos e inconvenientes, el patrón y supervisor de todo aquel proceso de construcción mostraba su orgullo por el resultado final: «[...] este buque no puede o debe llamarse obra de particular y si obra de Rey según a viva voz lo dicen estas gentes marinas. Los principales de ésta no dejan día de presentarse a ver esta hermosa embarcación tanto por la belleza de su figura cuanto por la firmeza de su construcción; quedando con la esperanza de que así que ustedes la vean quedarán prendados de un alhaja nada común para navegar en los mares del Norte y en todos los conocidos; con cuantas comodidades pueden imaginarse y especial gusto en todo. Omito el hacer un detalle de todo porque sería muy extenso, pero si diré únicamente que lleva una batalladora bordada de popa a proa a más de la orla lo mismo que los buques de guerra, camarotes sobre cubierta además de la cámara y su dispensa, como igualmente el timón sobre una rueda bordada todo al primor. Doce camarotes cuenta este casco con toda independencia».

Transcurren las semanas y la situación de Lloret se hace insostenible ante la continua reclamación de pago por parte de trabajadores y proveedores, argumentando todos que mientras los dueños del buque

²⁴ Carta del 1º de julio de 1843.

son ricos con ellos tienen contraídas deudas que ya consideran inaplazables. Alejados de esta coyuntura que solo el patrón padece en primera persona, en Cuevas han decidido ya el nombre de la embarcación: se llamará ‘Bella María de la Cueva Santa’, en honor de la única hija de Manuel José. Lloret, tan solícito y diligente como de costumbre, se ha ocupado de encargar en Barcelona «*el letrado y figura de proa análoga a esta circunstancia*»²⁵. Dos meses más tarde la goleta se hallaba fondeada en el puerto de Ibiza y concluida a falta de escasos detalles que se esperaban en breve desde Marsella, tanto es así que el 26 de septiembre estaba recibiendo su primer cargamento²⁶. Vicente Lloret remitía a través de su padre, otro de los patronos de don Manuel, «*la goleta según es, pues no la he puesto en cuadro por falta de porción de vidrio en ésta*»²⁷, es decir, lo que posiblemente le enviaba era un dibujo del buque finalizado ya para que sus dueños tuvieran la oportunidad de contemplarlo antes del primer viaje.

Pero la estancia de Vicente Lloret en Ibiza se estaba prolongando en exceso cuando ya el trabajo de construcción y dotación del barco había concluido por completo. A mediados de noviembre el patrón transmitía a Soler Flores su desagradable sensación de estar padeciendo un destierro forzado sin ser él responsable de las causas que habían provocado aquella contrariedad. Todo se debía a la ya endémica falta de fondos por el continuo retraso y extravío de letras destinadas al pago de las abultadas deudas. Hacía poco que la pérdida de uno de estos documentos por valor de dos mil duros le había generado un profundo disgusto: «*Mis acreedores, esperanzados en recibir cada cual lo que le corresponde, se encendieron en cólera y he tenido el pesar de verme puesto en justicia, cosa que en mi delicadeza se ha resentido y aun mi salud por ser cosa extraña en mi modo de pensar*»²⁸. Todavía hubo que esperar tres meses más para que, resueltos pleitos y deudas pendientes, la goleta ‘Bella María’ soltase amarras y zarpase rumbo a Villaricos cargada con 1.238 quintales de leña para la fundición Carmelita. El patrón Lloret había vivido su particular calvario, actuando con lealtad hacia los intereses de sus superiores y demostrando un sacrificio inagotable en ese dilatado período ibicenco que se extendió desde el 14 de noviembre de 1842 hasta el 5 de febrero de 1844, durante el cual sólo abandonó la isla en una ocasión.

Los costes relativos a la construcción de la goleta (187.900 reales), la manutención y jornales de los marineros en su primer viaje y el sueldo del capitán Lloret a lo largo de los casi 15 meses que pasó en labores de supervisión de la ‘Bella María’ ascendieron a 207.331 reales, capital que fue invertido por una sociedad dividida en 10 acciones cuya distribución nominal era la siguiente: como accionista mayoritario destacaría, con 6 acciones por valor de 124.399 reales, el incentivador del negocio Manuel José Soler Flores; a él se le habrían unido otros cuatro individuos con intereses en las sociedades del Jaroso *Carmen y Consortes* –los



12. La niña María de la Cueva Santa, hija de Manuel José Soler Flores, dio nombre a la goleta ‘Bella María’. (Detalle del retrato familiar realizado por Andrea Giuliani en 1845, momento de esplendor de los negocios familiares. Legado de la Familia Soler Bernabé / Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora / Foto de José Guerrero)

²⁵ Carta del 23 de julio de 1843.

²⁶ Carta del 26 de septiembre de 1843.

²⁷ Carta del 30 de septiembre de 1843.

²⁸ Carta del 10 de noviembre de 1843.



13. Diego Mula Fernández fue accionista de *Carmen*, de la Fundación *La Carmelita* y también de la sociedad creada para la explotación de la goleta *Bella María*, participando de este modo en el proceso integral que su amigo Manuel José había ideado. (Tarjeta de visita / Col. Amalia Soler)

hermanos Alonso y Diego Mula Fernández— y *Esperanza y Consortes*—Gregorio José Lentisco Martínez y Gonzalo Pérez Toledo— que poseerían una acción cada uno por valor de 20.733 reales²⁹.

El trasiego de la *Bella María* fue incesante desde el inicio de su actividad mercante. En el primer viaje que realizó partiendo de Villaricos se dirigió a Marsella, donde cargó 2.689 quintales de coque y 400 ladrillos refractarios con destino indudable a la fábrica *Carmelita*³⁰. En el tercero ampliaría notablemente su periplo

²⁹ «De la goleta *Bella María* de la Cueva Santa en Ibiza», 20 de abril de 1844, en «Documentación epistolar sobre la goleta *Bella María* de la Cueva Santa», 1842-1867, Legado de la Familia Soler Bernabé, AMCA, leg. sin clasificar.

³⁰ «1er. Viaje de la Goleta B^a María Capn. Vte. Lloret», agosto de 1844, en «Documentación epistolar sobre la goleta *Bella María* de la Cueva Santa», 1842-1867, Legado de la Familia Soler Bernabé, AMCA, leg. sin clasificar.

marítimo al recorrer toda la costa peninsular desde Águilas hasta Gijón, realizando escalas para cargar y descargar mercancías en numerosos puertos españoles; la detallada relación de sus fletes nos demuestra el exhaustivo aprovechamiento comercial del buque por parte de sus dueños: desde el puerto murciano cargará carbón de hulla y mármoles que desembarcará en Garrucha y Cádiz respectivamente; en Villaricos llenará sus bodegas de cebada (2.800 quintales) y arroz (400 sacos) con destino a Gijón; y de Cádiz a La Coruña transportará a un grupo de pasajeros. Y después, ya desde el puerto asturiano, abandonará aguas nacionales para poner rumbo hacia Terranova donde acometerá el embarque de 2.340 quintales de bacalao por un importe de 35.100 reales. En su retorno a Villaricos y Águilas atracará en Málaga donde cargará artículos tan variados como sillas, uvas pasas, pipas de aceite o hierro que demandaban desde Villaricos y Águilas³¹.

En los años sucesivos la goleta se especializó en el transporte de bacalao desde Terranova y Noruega al haber crecido la demanda de este producto en el mercado español y, con este incremento, haber trepado el precio de la arroba de los 15 reales que pagó en su primer flete hasta los 50 de media que costaba a principios de 1846, sólo un año más tarde. En cualquier caso, no se desperdiciaba en los viajes de ida oportunidad alguna de emplear la embarcación en el desplazamiento de cualquier tipo de mercancía que tuviese como destino los puertos españoles del Atlántico, situados en la ruta de la *Bella María* hacia aguas septentrionales. Este constante trasiego por el arrebataador océano deparó a Lloret y su tripulación alguna que otra experiencia desagradable, presagio del final que esperaba a aquella hermosa embarcación. A finales de febrero de 1848 los sorprenderá frente a las costas gallegas un violento temporal que empujará el barco hasta hacerlo embarrancar en una playa de donde su patrón, tras arduas maniobras, no lo sacó hasta transcurridas ocho agotadoras jornadas³². Aunque los desperfectos fueron muchos y en algún caso de cierta gravedad, el patrón consiguió salvar la carga y dirigirla hasta su destino en el puerto de Cádiz. En esta ciudad dilatará su estancia durante más de un mes porque, una vez aliviada de su carga, iba a someter la nave a una completa reparación: «Llevo el buque en el mejor estado, perfectamente forrado por dentro, con velacho nuevo y bien

³¹ «Liquidación de la Goleta *Bella M^a* Capitán Vicente Lloret en el 3er. Viaje, de Gijón y Terranova», en «Documentación epistolar sobre la goleta *Bella María* de la Cueva Santa», 1842-1867, Legado de la Familia Soler Bernabé, AMCA, leg. sin clasificar.

³² Carta de 11 de marzo de 1848.

pintado, todo lo cual es aplicable al viaje que empiezo. No le he comprado un ancla por no haberla encontrado y porque he tomada prestada una de un amigo, con la que me aviaré por ahora»³³.

El 28 de agosto escribe Lloret a Soler Flores que acaban de arribar a La Habana procedentes de Santander tras una travesía de 35 días que él califica de feliz, aunque a renglón seguido añade que ha llegado a aquella plaza muy enfermo por unas calenturas³⁴. Y le dice que, tras haber depositado en tierra su carga de harina en barriles, anda bastante contrariado porque no logra contratar flete alguno, lo que le hace temer que su escala en la ciudad cubana antes de zarpar para otro destino va a ser larga. Sin embargo, lo más interesante de este nuevo episodio de la Bella María por esos mares de Dios aún no nos lo ha explicado el patrón: parece ser que Manuel José había aceptado aquel cargamento para la perla del Caribe porque había que resolver un imprevisto que había surgido con uno de sus barcos. Lloret llevaba instrucciones de iniciar diligencias para conseguir la libertad del bergantín-corbeta 'Virgen del Carmen' y de Francisco Linares, su patrón, que habían sido retenidos en aquel puerto por causas que la documentación conservada no aclara del todo, aunque en algún momento se insinúa por parte del patrón de la Bella María, después de haber escuchado la opinión del capitán general de aquella plaza, que el tal Linares «mucho castigo merece por los insultos que ha cometido en ultrajar el honor de los pasajeros y el mal desorden que tiene para Capitán de Buque»³⁵. Pasaban los días y nada se adelantaba ni en el asunto de la puesta en libertad de la corbeta, ni tampoco en lo referente al contrato de un cargamento que le permitiese abandonar la isla amortizando el viaje. El 2 de octubre, un mes después de su llegada, envía una misiva a su superior expresándole su preocupación por el Virgen del

³³ Carta de 18 de abril de 1848.

³⁴ Carta de 28 de agosto de 1848.

³⁵ Carta desde La Habana del 2 de octubre de 1848.

Quai de Rive Neuve, N.º 19.

Marseille, le 27. Juin 1848.

M. le Cap. Lloret du Navire Bella Maria.

Deil à **FRÉDÉRIC**, fournisseur, les articles ci-après

Jun	11	1/2 Do	Trinle Datis : 22	4.	40.
"	12.	1/2 Do	Cardaga : 53. 2, 50 M	46.	65.
"	13.	2. 1/2 Do	Martini : 300	4.	55.
"	13.	1. 1/2 Do	Cardaga : 150	1.	40.
"	27	1. 1/2 Do	Cardaga	15.	"
"	"	2. 1/2 Do	Cardaga	3.	"
				74.	80.
2115/10				10.	"
				8480	

pour le compte de Frédéric

14. Factura emitida en Marsella en donde se recogen algunos materiales adquiridos por el patrón Vicente Lloret para el mantenimiento de la goleta. (Legado de la Familia Soler Bernabé / Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora)

Carmen, si bien su última conversación con las autoridades coloniales le hacía albergar ciertas esperanzas de que en los próximos diez días se produjese la liberación tanto de la embarcación como de su patrón. Pero en el otro asunto el tiempo jugaba ya en contra de Lloret: el flete que acababa de conseguir tendría que embarcarlo en San Juan de Terranova y llevarlo hasta Santander, una travesía demasiado peligrosa cuando la estación de las tormentas estaba a punto de comenzar.

Por la siguiente comunicación sabremos que la Bella María, para su desgracia, partió finalmente rumbo al septentrion americano. En ella se narra de manera detallada la tragedia que acababan de padecer, una inacabable sucesión de temporales que se prolongó durante varios días con sus respectivas noches hasta conseguir que la goleta de don Manuel Soler encallara completamente desarbolada frente a la costa de Nueva Escocia. Es esta descriptiva y plástica epístola un relato que recuerda aquellos episodios de tormentas y

naufragios narrados por Defoe o Stevenson en sus novelas. Pero dejemos ahora que sea nuestro curtido Lloret el que nos acerque con la intensidad y tensión del que lo ha vivido en primera persona a los últimos días de la Bella María:

Sor. Dn. Manuel J. Soler Cuevas
Nueva Escocia Puerto de Halifax,
29 de noviembre de 1848

Muy Sor. Mío y dueño: sensible me es el tener que manifestarle mi fatal desgracia y la de la Goleta Bella María, pues ya que Dios me ha dejado en vida aprovecho los momentos para manifestarle cómo el 8 del pasado salimos de la Habana con dirección a San Juan de Terranova como usted quedaría informado por mis anteriores, y el 12 del

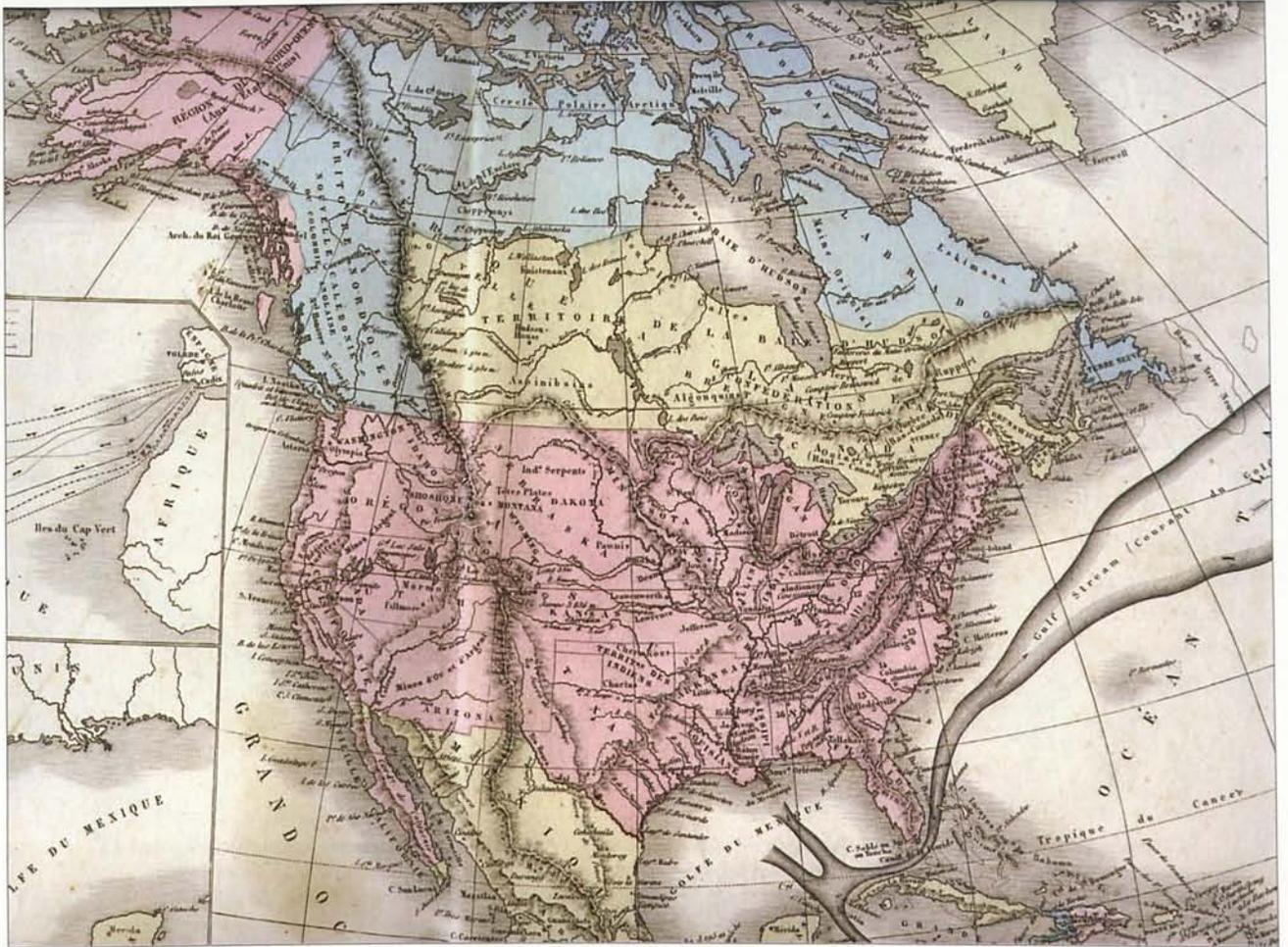
23 que el tiempo principió otra vez a cargar con tempestades de modo que nos pusimos a correr la popa a la mar con sólo la trinquetilla, y de este modo pudimos seguir como Dios quería hasta el 26, que no pudiendo resistir el buque popa a la mar nos pusimos a la capa, y a las 8 de la mañana, a una de las ráfagas de viento, se nos llevó la mayor. En ese momento se atravesó el buque y vino un golpe de mar que nos rompió toda la parte de cubierta de estribor y estrelló la lancha y el bote sobre la cubierta. En seguida tiramos a izar de la trinquetilla para que el buque pusiese la popa a la mar, y estando izando dicha vela nos afectó otro golpe de mar que nos rompió el timón, nos levantó toda la popa y se llevó todo cuanto había en la cubierta, habiendo quedado un marinero estropeado y yo de dicho golpe de mar. En el momento nos



15. Exterior de la carta enviada por Vicente Lloret desde Halifax, en territorio de Nueva Escocia, tras el naufragio de la 'Bella María' la noche del 27 de octubre de 1848. Contiene lo que aquí se transcribe. (Legado de la Familia Soler Bernabé / Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora)

mismo al [llegar] al desembocadero del Canal de Providencia nos principió a dar un temporal que en el cual no pensaba contarla más, pues nos llevó todo el velamen maestralero de velacho y vergas, quedando sólo con los palos machos. Por fin Dios quiso que a los tres días siguiese calma; en el momento pusimos el velamen y maestralero y vergas que teníamos de repuesto y nos pusimos a seguir nuestro viaje. Pero tanto como íbamos aproximando a estas malditas costas los tiempos se hallaban más recios y, de este modo, vinimos siguiendo pasando los más fieros trabajos hasta que llegamos al día

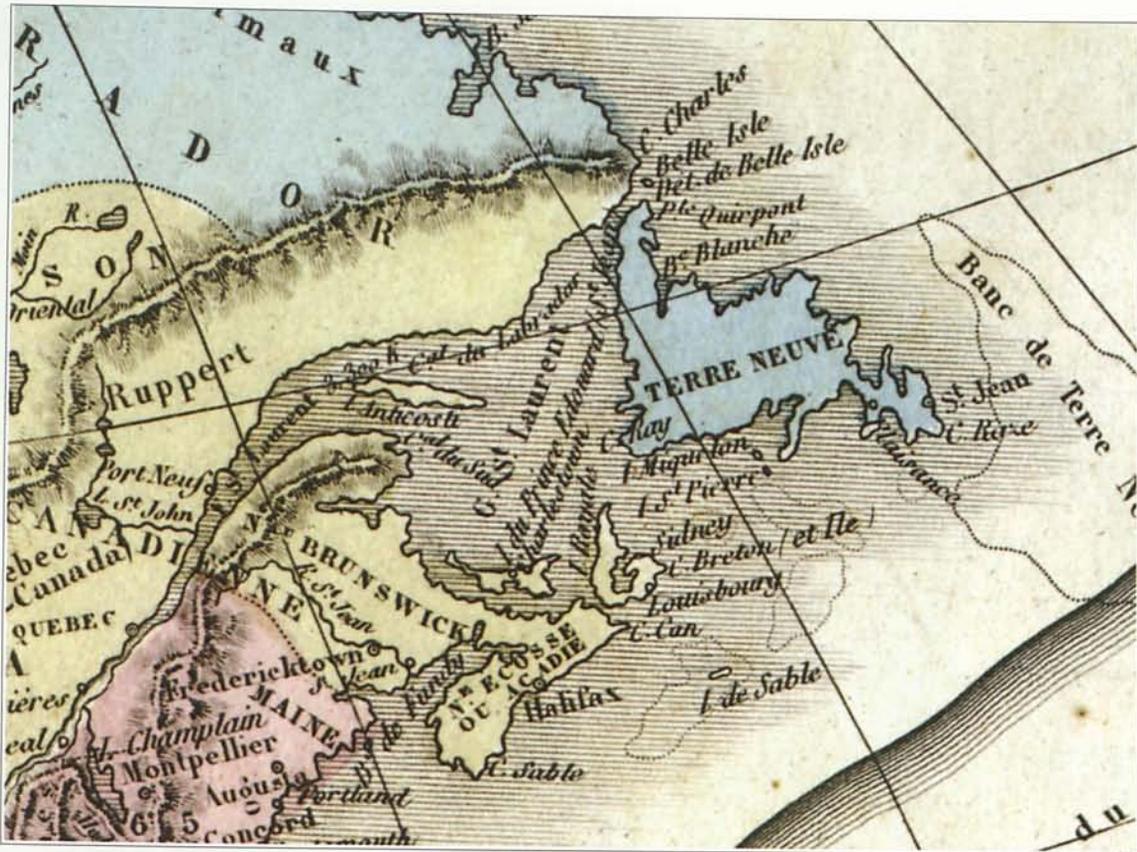
pusimos a gobernar con las trinquetillas, dando popa al viento, pero sin poder fijar rumbo por la falta del compás y del timón. Ya las guiñadas del buque nos cruzaban los mares de un modo que teníamos que refugiarnos a las jarcias a fin de que los golpes de mar no nos sacaran de a bordo. En el mismo acto tiramos a sondear las bombas a donde nos encontramos 5 cuartas de agua en la bodega; nos pusimos a picar dos hombres a cada bomba atados para que los golpes de mar no nos sacaran de a bordo y los restantes a gobernar con las trinquetillas y de este modo pasamos el día. Anocheció



16. Mapa de Norteamérica sobre el que podríamos trazar de modo gráfico, siguiendo casi la dirección de la Corriente del Golfo, la ruta de la Bella María desde la isla de Cuba hasta las frias aguas de Nueva Escocia, donde naufragaría sin alcanzar su destino en San Juan de Terranova. (Extraído de Atles universel et classique de géographie ancienne, romaine, du moyen âge, moderne et contemporaine, 1872 / Col. Enrique F. Bolea)

en los mismos términos y amaneció lo mismo, pasando los trabajos y miserias más terribles que hay en el mundo; y en los mismos términos pasamos el día 27, aumentando el agua considerablemente. Anocheció del modo dicho y esperando de un momento a otro morir; anocheció siguiendo a peor y sin consuelo ni amparo más que el Dios. Y cuando serían las 11 de la noche, en medio de nuestras perturbaciones por estar considerando nuestra segura muerte, nos vimos sobre unos grandes rompientes de mar que al parecer nos figuramos un banco como efectivamente así sucedió. A aquellos rompientes fueron nuestras últimas esperanzas, mayormente cuando en uno de los golpes de mar nos cayó el palo mayor por la borda. A poco rato de seguir de este modo, que ya serían las 12, nos vimos embarrancados sobre una playa desconocida. Cuando a poco rato se tumbó el buque a la parte de afuera y principió a romperse por algunas partes, y viéndonos en tan grandes e inminentes peligros,

determinamos que se echara un hombre [atado] con un cabo como así lo conseguimos con el favor de Dios y por dicho cabo pudimos con los mayores trabajos y agonías salvarnos todos. Y en el momento nos refugiamos en lo más elevado de la arena porque los mares cruzaban por muchas partes, de este modo pasamos el restante de la noche, todos mojados, lloviendo que estaba y cayendo nieve; amaneció en los mismos términos, sin alimento, ni abrigo, ni consuelo. En el momento que aclaró bien el día, echamos vista al buque y vimos que estaba todo destrozado; tiramos abordó a la marea baja a fin de ver si podíamos salvar el dinero que me restaba a bordo del flete y 7.178 duros más que traía para el cargo de bacalao, pero en vano fueron nuestros esfuerzos porque todo lo había cubierto la arena y había destrozado la mar. Sólo después de mucho trabajar, pudimos encontrar una partida de dinero con cajones rotos del que me entregaron en la Habana para el cargo. Y de este modo,



17. Sección aumentada del área donde tuvo lugar el suceso. Ocurrió exactamente en el punto denominado «I. de Sable», frente a las costas de Nueva Escocia cuya capital, Halifax, se halla precisada en el mapa. Como se puede apreciar, se quedaron muy cerca de «St. Jean» (Terre Neuve), puerto donde debía recoger un cargamento de bacalao. (Extraído de Atlas universel et classique de géographie ancienne, romaine, du moyen âge, moderne et contemporaine, 1872 / Col. Enrique F. Bolea)

haciendo simple la tarea de buscar; pasamos el día sin poder encontrar lo demás y el que a mí me restaba del flete, ni papeles y ni ropa. Así pasamos el día y anocheció lo mismo, sin más alimento ni abrigo ni consuelo. Amaneció en los mismos términos, esperando morir antes del día, pero gracias a Dios en el mismo día 29 nos vimos venir un hombre a caballo en tiempo que estábamos formando una balsa para poder pasar al otro banco de arena, que era más alto que el que nosotros estábamos, a fin de ver si había algún habitante. Pero, como digo, no fue menester gracias a Dios, y en el momento que llegó el dicho hombre le manifestamos nuestra desgracia por señas porque no entendíamos el idioma. En el momento se fue el hombre y a poco rato nos vimos venir 11 hombres y el gobernador, doce; en el momento nos embarcó en unos carros y nos trajeron a dos leguas de allí a su casa, habiéndole entregado el dinero salvado y manifestándole el que había a bordo porción bastante. En el otro día nos fuimos otra vez al barco y cavando mucho en la arena se pudo encontrar otra partida que

ambas partidas contamos 5.007 duros, de los cuales dicho gobernador se hizo cargo del dinero para pagar al Gobierno de ésta, y de este modo haciendo pesquisa para poder salvar alguna cosa más permanecemos en dicha isla hasta el 10 del corriente sin que nada más se pudiera salvar; más que unas pequeñas cosas de los artefactos del buque, que de esto también se ha hecho cargo el gobierno en razón a que el establecimiento este lo tiene puesto para que los buques que desgracien puedan salvar las vidas, y de lo salvado tira el gobierno un tanto por ciento y por cuya razón hacen el resultado de los pocos efectos salvados, aunque nada puedan valer por estar todo deteriorado de la mar...

El 10, como digo, vino a dicha isla una goleta de guerra, la única que se ve en cuando en cuando a fin de recoger los que naufragan en dicha Isla de Arenas que es el nombre español y en inglés el verdadero nombre el Banco de las Desgracias, y con cuya goleta fue quien nos ha conducido a ésta. Y en el momento me presenté al Sr. Cónsul español, quien nos está dando de comer

y nos ha dada un vestido a cada uno a fin de no morir de frío. Y hoy se marcha la mitad de la tripulación para La Habana y la otra mitad quizás iremos a San Sebastián, de Vizcaya, porque no hay buques que vayan a España más que éste y, perdiendo éste, no sabemos adonde nos hemos de dirigir regularmente; yo también iré porque dentro de 4 ó 5 días quedaré listo de los papeles.

Mucho sentiría que la goleta Bella María no estuviera asegurada, pero no me cabe la menor duda que debe estar porque en fecha 3 de octubre le escribí desde la Habana a mi tío Dn. Antonio Lloret, de Cádiz, para que asegurara medio buque por causa que en la Habana me costaría más el seguro y por lo mismo no habrá dejado de asegurar y por lo mismo espero que usted se ponga de acuerdo con dicho mío tío por ver si ha asegurado, pues yo pienso ir por Cádiz a fin de cobrar el seguro, pues me hago cargo que la habrá dado en asegurar y, para saberlo de cierto, es preciso tenga la bondad de contestarme a San

Sebastián. Sin más, deseo se mantenga sin novedad dando afectos a su señora y familia y disponga como siempre de S.S. q. B. S. M.

Vicente Lloret

La goleta Bella María de la Cueva Santa naufragó la noche del 27 de octubre de 1848 en la Isla de Arena (Sable Island), perteneciente al estado canadiense de Nueva Escocia y a unas 150 millas al Este de las costas del mismo. Halifax es la capital de este estado, por entonces colonia británica y se encuentra a unos 900 kilómetros al suroeste de St. John's de Terranova, puerto al que se dirigía la nave antes de naufragar y donde había atracado en tantas ocasiones para cargar bacalao. El patrón Lloret, exhausto y enfermo, no llegaría a su domicilio de Águilas hasta el 23 de febrero de 1849. Manuel José Soler Flores no sobreviviría al suceso ni siquiera un año, ya que la muerte le sorprendió en Villaricos el 24 de agosto de 1849.

